

Annie Ernaux

LA VERGÜENZA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

ANNIE ERNAUX
LA VERGÜENZA

Traducción de Mercedes y Berta Corral

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *La Honte*

1.ª edición: junio de 1999

1.ª edición en esta nueva presentación: febrero de 2020

© Éditions Gallimard, 1997

© de la traducción: Mercedes y Berta Corral, 1999, 2020

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal 662-664 - 08034 Barcelona

ISBN: 978-84-9066-782-8

Depósito legal: B. 270-2020

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión: Black Print

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Mi padre intentó matar a mi madre un domingo de junio. Fue a primera hora de la tarde. Yo había ido como de costumbre a misa de doce menos cuarto y después a comprar unos dulces a la pastelería del centro comercial de la ciudad, un conjunto de edificios provisionales construidos después de la guerra. Cuando volví, me quité la ropa de domingo y me puse un vestido de estar por casa. Después de que los clientes se marcharan y de que echáramos el cierre del colmado, empezamos a comer. Seguramente teníamos la radio encendida, pues a esa hora emitían *Le tribunal*, un programa de humor en el que Ives Deniaud interpretaba el papel de un pequeño delincuente al que un juez de voz temblorosa acusaba una y otra vez de haber cometido unas fechorías absurdas y le condenaba a penas ridículas. Mi madre, que estaba de

muy mal humor, no dejó de discutir con mi padre durante toda la comida. Una vez que hubo recogido la vajilla y pasado la bayeta por el mantel de hule, continuó dirigiendo reproches a mi padre, sin dejar, como siempre que estaba contrariada, de dar vueltas por la minúscula cocina, encajonada entre el café, el colmado y la escalera que conducía al piso de arriba. Mi padre permanecía sentado, sin responder, con la cabeza vuelta hacia la ventana. De pronto empezó a temblar de forma convulsiva y a resoplar. Se levantó y le vi agarrar a mi madre y arrastrarla hasta el café gritando con una voz ronca, desconocida. Corrí al piso de arriba, me tiré encima de mi cama y metí la cabeza debajo de la almohada. Después oí a mi madre dar alaridos: «¡Hija!». Su voz provenía de la bodega, situada junto al café. Corrí escaleras abajo gritando «¡Socorro!» con todas mis fuerzas. En la mal iluminada bodega pude ver cómo mi padre agarraba con una mano a mi madre, no sé si por los hombros o por el cuello, y cómo en la otra tenía el hacha para cortar leña que había arrancado del tajo donde se encontraba normalmente... Lo único que recuerdo de aquella escena son los sollozos y los gritos. En la siguiente escena nos encontramos otra vez los tres en la cocina: mi

padre está sentado al lado de la ventana; mi madre, de pie junto al fogón, y yo, sentada al pie de la escalera. Lloro sin poder contenerme. Mi padre todavía no había vuelto a la normalidad, temblaba y seguía teniendo aquella voz desconocida. Repetía: «¿Y tú, por qué lloras? A ti no te he hecho nada». Recuerdo que dije: «Vais a volverme loca». Mi madre decía: «Vamos, ya ha pasado todo». Después nos fuimos los tres a pasear en bicicleta por el campo de los alrededores. Al volver a casa, mis padres abrieron el café como todos los domingos por la tarde. Nunca más se volvió a hablar del asunto.

Aquello ocurrió el 15 de junio de 1952, la primera fecha concreta de mi infancia. Hasta entonces, el tiempo solo había consistido en un deslizarse de días y de fechas escritas en la pizarra y en los cuadernos.

A partir de entonces, les he dicho a varios hombres: «Cuando yo estaba a punto de cumplir doce años, mi padre intentó matar a mi madre». El hecho de haber necesitado decírselo demuestra lo unida que me sentía a ellos. Sin embargo, todos se quedaron en silencio después de oírlo. Y yo me daba cuenta de que había cometido un error, de que no estaban preparados para escucharlo.

Es la primera vez que describo esta escena. Hasta hoy siempre me había parecido imposible, ni siquiera en un diario íntimo. Como si el hecho de contarlo fuera algo prohibido que iría acompañado inevitablemente de un castigo. Quizá no poder escribir nada después. (Hace un momento he sentido una especie de alivio al comprobar que, sin embargo, seguía escribiendo como antes, que no había ocurrido nada terrible.) Ahora, después de haber conseguido describir esta escena, tengo la impresión de que se trata de un suceso banal, mucho más frecuente en las familias de lo que entonces me hubiera podido imaginar. Quizá la escritura convierta en normal cualquier suceso, incluso el más dramático. Pero como para mí esta escena siempre ha sido una imagen sin palabras ni frases, aparte de las que les he dicho a mis amantes sobre ella, las palabras que he empleado para describirla me parecen extrañas, casi incongruentes. Se ha convertido en una escena para los demás.

Antes de empezar a escribir pensaba que iba a ser capaz de acordarme de todos los detalles. Pero, de

hecho, solo recuerdo la atmósfera, la postura de cada uno de nosotros en la cocina y algunas palabras. No recuerdo por qué empezó la pelea, ni tampoco si mi madre llevaba todavía el blusón blanco que se ponía para estar en el colmado o se lo había quitado pensando en el paseo que íbamos a dar. Tampoco recuerdo lo que habíamos comido. No tengo ningún recuerdo concreto de aquella mañana de domingo que no esté inscrito dentro del marco de nuestras costumbres: la misa, la pastelería. Pero de lo que sí estoy segura es de que yo llevaba un vestido azul de lunares blancos, pues, durante los dos veranos siguientes, cada vez que me lo ponía pensaba: «Es el vestido de aquel día». También estoy segura del tiempo que hacía: una mezcla de sol, nubes y viento.

A partir de entonces, aquel domingo se interpuso como un filtro entre la vida y yo. Jugaba, leía, actuaba como de costumbre, pero no estaba completamente presente. Todo se había vuelto artificial. Memorizaba mal las lecciones que antes me aprendía con solo leerlas una vez. Una excesiva conciencia de mí misma, que no me dejaba concentrarme en nada, sustituyó a mi indolencia de alumna segura de su facilidad para el estudio.

No podía juzgar aquella escena. Mi padre, que me adoraba, había querido suprimir a mi madre, que también me adoraba. Como mi madre era más cristiana que mi padre, ella se ocupaba del dinero y hablaba con las profesoras, a mí debía de parecerme de lo más natural que le gritara a mi padre de la misma manera que me gritaba a mí. No existía culpa ni culpable, pero debía impedir que mi padre matara a mi madre y fuera por ello a la cárcel.

Creo que durante meses, quizás años, esperé a que la escena se repitiera, segura de que antes o después se reproduciría. La presencia de los clientes me tranquilizaba. Temía los momentos en los que nos quedábamos solos, es decir, las noches y los domingos por la tarde. Estaba alerta a la menor discusión entre ellos, vigilaba a mi padre, su rostro, sus manos. Siempre que se producía un silencio repentino, presentía la llegada de la desgracia. Cuando estaba en el colegio, me preguntaba si, al llegar a casa, no me encontraría con el drama ya consumado.

Cuando sorprendía alguna muestra de afecto entre ellos, una sonrisa o una risa cómplices, una broma, me parecía estar de vuelta en la época de antes de la escena, y pensaba que todo aquello solo había sido una pesadilla. Pero poco después me daba cuenta de que aquel gesto de afecto solamente tenía sentido en el momento en el que se producía y que no suponía ninguna garantía para el futuro.

En aquella época solían emitir por radio una extraña canción que imitaba una trifulca que se producía repentinamente en un *saloon*: tras un momento de silencio, en el que solo se oía una voz que susurraba: «No se oye ni el vuelo de una mosca», tenía lugar una explosión de gritos, de frases confusas. Cada vez que la oía me sentía atenazada por la angustia. Un día, mi tío me tendió la novela policiaca que estaba leyendo y me dijo: «¿Qué dirías si tu padre fuera acusado de un asesinato y no fuera culpable?». Sentí un frío paralizador. Por todas partes me encontraba con la escena de un drama que no se había producido.

Nunca se repitió. Mi padre murió quince años después, también un domingo de junio.

Solo ahora me doy cuenta de lo siguiente: quizá mis padres hablaran entre sí de la escena de aquel domingo, del comportamiento de mi padre, y encontrarán una explicación o una excusa y decidieran olvidarlo todo, por ejemplo, una noche después de haber hecho el amor. Pero este pensamiento, como todos los que no se nos ocurren en el momento justo, llega demasiado tarde. Ya no puede servirme de nada, salvo para expresar con su ausencia el indescriptible terror que sentí aquel domingo.

En agosto, unos ingleses acamparon al lado de una carretera desierta, en el sur de Francia. Por la mañana encontraron asesinados al padre, Sir Jack Drummond, a su mujer, Lady Anne, y a su hija Elizabeth. La granja más cercana pertenecía a una familia de origen italiano, los Dominici, cuyo hijo Gustave había sido acusado anteriormente de tres asesinatos. Los Dominici hablaban mal el francés;

los Drummond tal vez lo hablaran un poco mejor que ellos. Lo único que yo sabía decir en inglés y en italiano, era el «*Do not lean outside*» y «*È pericoloso sporgersi*», que aparecía escrito en los trenes debajo del PROHIBIDO ASOMARSE. Me resultaba extraño que aquellas personas que pertenecían a un medio acomodado hubieran preferido dormir a cielo raso en vez de en un hotel. Me imaginaba a mí misma muerta junto a mis padres, al lado de una carretera.

De aquel año conservo dos fotografías. En una de ellas aparezco vestida de primera comunión. Es una fotografía «de estudio», en blanco y negro, insertada y pegada en una especie de cuadernillo de cartulina decorado con volutas. La foto, protegida por una hoja de papel de seda, lleva la firma del fotógrafo. En ella se ve a una niña de rostro lleno y terso, pómulos marcados y nariz redondeada y ancha. Lleva unas gafas con una gruesa montura de color claro que le llegan hasta la mitad de los pómulos. La niña mira fijamente al objetivo. Los cabellos, cortos y con permanente,

le sobresalen por delante y por detrás del gorrito que lleva atado a la barbilla y del que cuelga un velo. Sus labios esbozan una ligera sonrisa. Es el rostro de una niña seria, que aparenta tener más edad a causa de la permanente y las gafas. Está arrodillada en un reclinatorio, con los codos en el apoyabrazos y las manos juntas y grandes al lado de la cara (en el dedo anular lleva un anillo). En ellas sostiene un rosario que cae sobre el misal y los guantes, apoyados en el reclinatorio. La figura, vestida con un traje de muselina y con un lazo alrededor de la cintura anudado algo flojo, lo mismo que el gorrito, no se distingue bien. Da la impresión de que no existe un cuerpo debajo de ese vestido de monjita, pues no puedo imaginármelo, y mucho menos sentirlo, como siento el mío ahora. Me asombra pensar que, sin embargo, ese cuerpo es el mismo de hoy.

La foto lleva fecha del 5 de junio de 1952. No me la hicieron el día de mi primera comunión, en 1951, sino —ya no recuerdo por qué motivo— el día de la «renovación de los votos», en el que se repetía la ceremonia, con el mismo vestido, un año más tarde.

En la otra fotografía, pequeña y rectangular, estoy con mi padre delante de un murete decorado con unas tinajas llenas de flores. Nos la hicieron en Biarritz, a finales de agosto de 1952, durante un viaje organizado a Lourdes. Seguramente en el paseo marítimo, aunque no se vea el mar. No debo de medir más de un metro sesenta, pues mi cabeza sobresale ligeramente por encima del hombro de mi padre, que medía un metro setenta y tres. Mi cabello ha crecido en esos tres meses y forma una especie de corona rizada, sujeta con un lazo alrededor de la cabeza. La foto se ve muy borrosa. Fue hecha con una cámara que mis padres ganaron en una feria, antes de la guerra. Resulta difícil distinguir mi rostro, mis gafas. Lo único que se ve es una gran sonrisa. Llevo una falda y una camisa blancas, que era el uniforme que me ponía para ir a las fiestas de la Juventud de las escuelas cristianas, y una chaqueta echada sobre los hombros. En esta foto se me ve delgada gracias a la falda, que se me ajusta a las caderas y luego se ensancha. Así vestida, parezco una mujercita. Mi padre lleva una chaqueta oscura, una camisa, unos pantalones claros y una corbata también oscura. Apenas sonrío. Tie-

ne la misma expresión de ansiedad con la que aparece en todas las fotos. Probablemente haya conservado esta foto porque, a diferencia de las otras, en ella parecemos lo que no éramos, personas elegantes, veraneantes. En ninguna de las dos fotos abro la boca para sonreír, no quiero que se me vean los dientes irregulares y estropeados.

Miro estas fotos hasta que la mente se me queda en blanco, como si a fuerza de observarlas llegara a conseguir entrar en el cuerpo y la cabeza de aquella niña que estuvo ahí un día, en el reclinatorio del fotógrafo, o en Biarritz con su padre. No obstante, si nunca las hubiera visto, si me las hubieran mostrado por primera vez, no habría podido creer que aquella niña era yo. (Certeza de que «soy yo», junto a la imposibilidad de reconocerme, «no soy yo».)

Estas fotos están separadas en el tiempo por apenas tres meses. La primera data de comienzos de junio, y la segunda, de finales de agosto. Aunque ambas tienen un formato y una calidad demasiado diferentes para poder apreciar en ellas un cambio en

mi cuerpo y en mi rostro, son como dos límites temporales. La primera foto, en la que aparezco vestida de primera comunión, señala el final de la infancia; la otra, el inicio de la época en la que ya no dejaría de sentir vergüenza. Quizá solo sea el deseo de delimitar un periodo en el espacio temporal de aquel verano, de la misma forma que lo haría un historiador. (Para mí, decir «aquel verano» o «el verano de mis doce años» es transformar en novelesco algo tan poco novelesco como el verano de 1995, que ahora estoy viviendo y del que me resulta imposible imaginar que algún día llegue a convertirse en la imagen llena de encanto que sugiere la expresión «aquel verano».)

Además de las dos fotografías conservo los siguientes vestigios materiales de aquel año:

Una postal en blanco y negro de Isabel II. Me la regaló una nieta de unos amigos de mis padres de El Havre, que había ido con su clase a Inglaterra con motivo de las fiestas de la coronación. En el dorso tiene una pequeña mancha marrón que ya estaba ahí cuando la niña me dio la postal, y que me resultaba repugnante. Cada vez que veía la

postal pensaba en la mancha. En la foto, Isabel II aparece de perfil, mirando a lo lejos, con el cabello negro y corto peinado hacia atrás, y la boca grande, pintada de rojo oscuro. Tiene la mano izquierda apoyada sobre una piel de armiño y con la mano derecha sostiene un abanico. Me resulta imposible recordar si me parecía guapa. Quizá ni siquiera me lo planteara, era una reina y punto.

Un estuchito de costura de cuero rojo, sin ninguno de sus accesorios, ni las tijeras, ni la aguja de ganchillo, ni el punzón, etcétera. Lo había pedido como regalo de Navidad en lugar de un cartapacio, aunque este último me resultara más útil para el colegio.

Una postal del interior de la catedral de Limoges que envié a mi madre durante el viaje organizado a Lourdes. En el dorso está escrito con una letra muy grande: «El hotel de Limoges está muy bien, hay muchos extranjeros. Muchos besos», mi nombre y «papá». La dirección la escribió mi padre. El matasellos es del 22 de agosto de 1952.

Un librito de postales de «El castillo fortificado de Lourdes. Museo pirenaico» que debí de comprar cuando lo visitamos.